

PRESENTACIÓN

Su Majestad Dulcinea, o sencillamente *Dulcinea*, es uno de los libros más celebrados de Leonardo Castellani. No siempre se recuerda que en la edición original, la que hiciera en 1956 el sello Ediciones Cintra, de Buenos Aires (que es la que aquí seguimos), tiene dos cosas peculiares en la misma portada.

La primera es que el título de la novela es diferente y más extenso, siendo así: *Sucedió mañana. Su majestad Dulcinea. Historia pueril-profético-policial-prodigioso-político-religiosa del fin de este siglo, extraída de las memorias de Luis Sancho Vélez de Zárate Namuncurá (a) el Cura Loco, primer Patriarca del Neo-Virreynato del Río de la Plata*. Después de «político» un asterisco (*) remitía a una nota en la misma portada en la que se leía: (*Pornográfico* es lo único que falta para sea un libro de gran éxito). Así lo hace también la editada por Patria Grande en 1974. Las ediciones posteriores, como la que en Mendoza publicara en 2001 la Ed. Jauja (al cuidado del P. Carlos Biestro), o la más reciente de las editoras porteñas Alfa y Athanasius, omiten estos detalles, que no son sólo descriptivos, pues anuncian tanto la trama del libro como su autor.

Y hablando del autor, esa edición original trae la segunda peculiaridad que tampoco han conservado las publicaciones que le siguieron. Se afirma que el libro ha sido escrito por Edmundo Florio y Jerónimo del Rey. Se sabe que el último es uno de los seudónimos habituales de Castellani, nombre original de natal Reconquista. Pero, ¿quién es ese tal Florio? Sin duda, otro sobrenombre que oculta al mismísimo Castellani, con otra singularidad: es uno de los personajes centrales de la novela, el enamorado perdido de *Dulcinea*, escéptico en materia de fe, que finalmente es vencido y convertido por el amor, causa por la que muere es-

perando «la resurrección de la carne», como está escrito en la última página de *Dulcinea*.

Este libro del P. Leonardo Castellani está cortado en forma vertical por todos aquellos temas que en su larga vida lo obsesionaron y desvelaron hasta (casi) la neurastenia: la crisis de la Iglesia y la pérdida de quicio por el clero; el fariseísmo que ha corrompido la fe genuina; el Apocalipsis y la presencia ya del Anticristo; la Parusía como verdadera esperanza del cristiano; la fe inquebrantable en la resurrección de los muertos; la Patria amada y los hombres, los pobres, amados también; el viaje incansable que es la vida misma que no da tregua; la política que es necesaria a la salvación del hombre; y los politiqueros, la prensa y otras instituciones democráticas, que bregan por la pérdida eterna de esos hombres, etc.

No vamos a decir más, habría que resumir toda la historia. Solamente nos queda presentar los pasajes que hemos seleccionado. Se trata, el primero, de la completa transcripción de «El Sermón del Cura Loco» que figura como capítulo X de la Primera Parte de *Su Majestad Dulcinea*, llamada «La Rebelión de los Cristóbales». El sermón ocurre en un país desquiciado: gobierno «soberano» que es el encargado de cumplir los planes mundiales de Juliano Felsenburgh, figura del Anticristo; iglesia adormecida y corrompida por las mieles del poder democrático hasta la apostasía, representada en los monseñores Panchampla y Fleurette; unos católicos resistentes, perseguidos, refugiados en las tierras de San Juan la Vieja; una guerra que se va perdiendo, que pareciera no tener ya sentido de cara a tantos males; y el líder de los Cristóbales, el Cura Loco, don Luis Sancho Vélez de Zárate Namuncurá, que alienta una esperanza y en el sermón quiere trasmitírsela a los pobres rebeldes. Ya no hay tiempo, es el fin, hay que recapitular.

Y de fondo, siempre de fondo, la inaccesible e incomprensible Dulcinea que, en la novela, es figura de la Patria y de la fe, que en los católicos se sostiene en la Iglesia; y que es también figura del Reino, tanto del transeúnte como del impercedero.

El segundo es más breve, conocido como «El concilio de Olavarría», la última reunión de los cristóbales que acaba en la muerte del Cura Loco. También aquí las palabras son las suyas y el clima no ha variado.



La última desintegración de la Cristiandad, el drama de la fe solitaria, separada de la estructura humana de la Iglesia, que Castellani ha profetizado en varios escritos, y que en el inédito *Filosofía contemporánea* describe con estas palabras: «Crear solo contra todos los hombres es una cosa terrible; pero peor todavía es imaginarse que uno cree en el seno de una religión acomodada, es decir adulterada y corrompida».

Dicho está. Léanse.

LA REDACCIÓN